

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

La implicación compasiva en una cultura indolente [Compassionate involvement in an indolent culture]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Catalá, Toni
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-10 11:39:11
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221676

La implicación compasiva en una cultura indolente

Toni Catalá*

*"El dolor es sacralidad salvaje. ¿Por qué sacralidad? Porque forzando al individuo a la prueba de la trascendencia lo proyecta fuera de sí mismo, le revela recursos en su interior cuya propia existencia ignoraba. Y salvaje, porque lo hace quebrando su identidad. No le deja elección, es la prueba de fuego donde el riesgo de quemadura es grande. Es propio del hombre que el sufrimiento sea para él una desgracia donde se pierde por entero, donde desaparece su dignidad, o, por el contrario, que sea una oportunidad en que se revele en él otra dimensión: la del hombre sufriente o que ha sufrido, pero que observa el mundo con claridad. O el hombre se abandona a las fieras del dolor o intenta dominarlas. Si lo consigue, sale de la prueba siendo otro, nace a su existencia con mayor plenitud. Pero el dolor no es un continente en donde sea posible instalarse, tal metamorfosis exige alivio"*¹

A) Introducción: Jesús implica al Dios de la vida con los abatidos, sufrientes y doloridos

"Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y curando todos los achaques y enfermedades del pueblo" (Mt 4,23)

En Jesús de Nazaret la Buena Noticia de Dios y el aliviar el sufrimiento de las criaturas está indisolublemente unido. El dolor y el sufrimiento son realidades concretas, siempre encarnadas en criaturas, ante las cuales desde una percepción de Dios como Fuente

1 David Le Breton, *Antropología del dolor*, Seix Barral, Barcelona, p. 270.

* Centro Arrupe. Valencia.

de Vida y Creador tan sólo cabe acompañarlas y aliviarlas. Jesús "dice" Reino y "practica" el Reino adentrándose en aquellos caminos en donde se encuentran los dolientes de Israel. En el evangelio estas prácticas de alivio, de sanación y de liberación aparecen en los llamados "milagros". Estas prácticas generan conflicto y tensión porque vivir la implicación compasiva y la ternura en un mundo, en una cultura, *indolente* genera defensas tremendas; la indolencia no quiere saber de sufrimiento y dolor, no quiere verlo.

Esta unión indisoluble del Dios de la vida con sus criaturas se da en los relatos de milagro. Los relatos de milagro no son portentos para apabullar, para demostrar la omnipotencia de un dios que interviene con prodigios espectaculares que lleven a la gente a rendirse a la evidencia. Jesús ha vencido la tentación de acreditarse lanzándose desde el alero del Templo y provocar una intervención de los ángeles de Dios; los ángeles de Dios para Jesús se encuentran en otro lugar más entrañable, se encuentran ante el Padre del Cielo velando por los pequeños (Mt 18, 10). Los relatos de milagro son prácticas de misericordia. A Jesús se le conmueven las entrañas ante la suerte de las criaturas y los milagros se dan porque Jesús ve y percibe a las criaturas en su desnudez vital, no las percibe desde la pantalla de la "ley" y del "templo". Jesús no filtra el dolor sino que se afecta compasivamente.

Dios está visitando a su pueblo cuando el dolor se alivia

Por los caminos de Galilea a Jesús se le conmueven las entrañas ante la soledad de la viuda indefensa que ha perdido su única compañía y sustento, se conmueve ante el llanto: "Al verla el Señor, le dio lástima -se le conmovieron las entrañas- de ella y le dijo: No llores" (Lc 7,13). Esta viuda está abocada a la soledad, se le cierra la vida; después de una vida de penalidad, ésta se le va entre lágrimas. Jesús se conmueve, acompaña su dolor y le devuelve su apoyo, su fortaleza y su compañía. A cambio Jesús no le pide absolutamente nada, todo él es pura gratuidad y compasión. No siempre el relato de milagro supone una fe previa. Jesús a los abatidos no les pide nada: Dios está visitando a su pueblo.

Jesús se encuentra por los caminos a una mujer manchada, sucia, estigmatizada, tabuada, excluida de la comunidad de los limpios (Lc 8,43-48). Esta mujer experimenta el radical mal-estar en la vida, toda ella ensucia y contamina. El encuentro con Jesús la limpia. Lo que Jesús genera alrededor es vida; no podemos olvidar que la Buena Noticia, cuando se vive, genera ámbitos de vida, de alivio, de respiro. Los cansados y agobiados encuentran vida alre-

dedor de Jesús (Mt 11,28). Jesús se encuentra con una hija de Israel doblada durante muchos años de opresión y sufrimiento (Lc 13,10-17). El encuentro con Jesús la endereza, la levanta, la pone en pie y entonces comienza a dar gloria a Dios ("en el acto se puso derecha y empezó a alabar a Dios" Lc 13,13). Tampoco Jesús le ha pedido nada a cambio, el dolor le puede a Jesús. Si Dios es Padre y Creador, a Jesús le afecta profundamente la suerte de sus criaturas. Esta mujer al ponerse en pie da Gloria a Dios, porque al Dios de la Vida se le da Gloria de pie. Dios no quiere a sus criaturas dobladas. Impresiona cómo los relatos de milagro sobre paralíticos y atrofiados todos implican un "¡levántate!" por parte de Jesús. Dios no quiere a sus criaturas postradas².

Jesús se encuentra con el infrahumano de Gerasa (Mc 5,1-20), que vive fuera de la aldea en el lugar de la muerte, auto-lesionándose con piedra, excluido de la comunidad de lenguaje porque todo él es puro griterío, esclavizado con grillos y cadenas, indigno en su desnudez. A este hombre el encuentro con Jesús lo pacifica y lo lleva a estar sentado, vestido y en su juicio. Jesús no deja que le siga. Los relatos de milagro no sólo son un levantar a los abatidos, sino que son la expresión más radical en el evangelio de la actuación gratuita de Jesús: "¡Vete a casa con los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor ha hecho contigo por su misericordia!" (Mc 5,19). El evangelio supone llamada y envío: "ven" y "vete". Jesús llamó a quienes quiso que estuvieran con él y a los que alivia, los manda a casa con los suyos. Jesús no alivia para engrosar la fila de sus seguidores sino por la dignidad herida de las criaturas de Dios.

Los relatos de milagro son prácticas de misericordia. A Jesús se le conmueven las entrañas ante las enfermedades, que no percibe desde la "ley" y del "templo" y el dolor le afecta compasivamente

La implicación compasiva molesta e inquieta a los indolentes

El Reino de Dios está llegando, Dios está visitando a su pueblo, Jesús está aliviando a criaturas concretas y en contextos concretos como es curar en sábado y en la sinagoga para que se muestre que lo importante es dar vida y no muerte (Mc 3, 1-6). Esta implicación concreta y entrañable con las criaturas no deja la realidad igual.

² Es interesante caer en cuenta de la prohibición de estar de rodillas los domingos y Pentecostés: Canon 20 del Concilio de Nicea: "20. *De genu non flectendo diebus Dominicis et Pentecostes*. Quoniam sunt quidam in die Dominica genua flectentes et in diebus Pentecostes, ut omnia in universis consonanter observentur, placuit sancto Concilio stante Domino vota persolvere". Conradus Kirch sj, *Enchiridion Fontium Historiae Ecclesiasticae Antiquae*. Quod in usum scholarum collegit Friburgi Brisgoviae 1923.

Jesús al decir y anticipar el futuro de Dios en los signos del Reino, está poniendo en cuestión de raíz una percepción de dios opresora. A los guardianes -letrados y saduceos-, del dios de la "ley y templo" estas prácticas no les interesan, porque parece ser que no vienen del cielo y lo que no viene del cielo no interesa. Parece ser que las prácticas de Jesús no son del cielo, no son del dios del cielo garante de toda verticalidad opresora, no son "espirituales", no son "evangelizadoras", son demasiado "horizontales", no reportan beneficios, no engrosan el número de seguidores, son irrelevantes estadísticamente, son demasiado humanas... ¡Sólo si haces una señal del cielo podremos creer en ti! (Mc 8,11-13).

No sólo se le pide una señal del cielo, sino que esas implicaciones de Jesús con el sufrimiento de su gente son vistas como obras de Belcebú, el príncipe de los demonios (Mc 3,20-30). ¿Cómo es posible que aliviar el sufrimiento de la viuda, enderezar a la doblada, limpiar a la manchada, humanizar al geraseno... sea percibido como obra del maligno? Todo sistema religioso es interesado y tiende a su propia supervivencia, toda institución religiosa tiende a afianzar sus "leyes y templos"; por lo tanto, impone controles sobre la experiencia de Dios. Invocar a un Dios que lleva a romper los límites del sistema, como hace Jesús cuando además de los milagros comparte mesa con pecadores y descreídos, es alterar lo querido por Dios, es trastocar una realidad a la que todos se atienen como lo que tiene que ser para que nada se desintegre.

Los milagros y prácticas de Jesús ponen en cuestión el sistema socio-religioso precisamente porque lo hace en nombre de Dios. Si lo hubiese hecho como un sanador interesado, si hubiese sido un simple curandero, posiblemente no hubiese pasado nada, pero eso de involucrar a Dios con *prostitutas, publicanos, descreídos, mujeres manchadas, viudas indefensas, gerasenos infrahumanos, leprosos, ciegos, cojos, tullidos, poseídos, desquiciados... es atentar contra la esencia del sistema religioso que consiste en legitimar las relaciones de dominio de aquellos que se sienten a bien con un dios a costa de dejar en los márgenes a la mayoría.*

Jesús reacciona duramente ante la acusación de obrar en nombre de Belcebú. Cuando acusan a Jesús de "vividor" no se altera; dirá con una fina ironía: "vino Juan el bautista que no comía ni bebía y decís que tenía un demonio en el cuerpo y vengo yo que como y bebo y me llamáis comilón y borracho" (Lc 7,31-35). La acusación de actuación maligna provoca una reacción dura, porque en esta acusación todo se pone en cuestión, es la perversión radical que consiste en llamar al bien mal y al mal bien. Esto es pecar contra el Espíritu, es mala fe, "no tiene perdón de Dios". Es el momento más duro del Evangelio en

cuanto Jesús denuncia la perversión radical en que podemos caer los hombres, las mujeres y los sistemas religiosos.

Jesús se sumergió en el mar de la vida hasta el final, apuró la realidad en todas sus dimensiones y nos la abrió ante el Dios de la Vida. Este Dios lo confirmó con su Resurrección y la realidad quedó abierta y expectante. Para encontrarnos con el Viviente es necesario reproducir sus pasos y adentrarnos en el mar de la vida. Como dice G. Steiner, "somos invitados a la vida": o aceptamos la invitación o nos quedamos de espectadores. Es urgente volver a dar a nuestra fe carne y sangre, es necesario pasar por la prueba del dolor como pasó Jesús, pasar de una cultura indolente a una cultura de implicación compasiva con los dolientes. Dar carne y sangre, encarnar nuestra fe es volver a redescubrir la vida, la realidad en todas sus dimensiones, como lugar de experiencia del Dios Vivo.

El redescubrimiento de la vida y la implicación compasiva con los dolientes está presente en la actividad de muchos investigadores y médicos que hacen insospechados esfuerzos y milagros para liberar al hombre del dolor y para mejorar y prolongar la vida. Para los escribas y fariseos de hoy estas terapias, que suponen intervenir en las más profundas raíces de la vida, son obras perversas y diabólicas que no respetan los límites tradicionalmente establecidos. En vez de alegrarse por el bien de la persona curada muchos se lamentan, con indolencia farisaica, de que los avances de la medicina alejen los hombres de Dios. Pero, ¿de qué Dios?

En vez de alegrarse por el bien de la persona curada por las nuevas técnicas, muchos lamentan, con indolencia farisaica, que los avances de la medicina alejen los hombres de Dios. Pero ¿de qué Dios?

B) El ámbito de la Compasión y no el de los dioses crueles³

Acompañar a Jesús hasta la muerte supone que no podemos de ningún modo separar su muerte de su modo de vivir, y menos podemos olvidar que el acceso a Jesús siempre lo estamos haciendo desde la comunidad creyente fundada en la Pascua. Cuando esto se olvida, cuando la cruz se aísla del vivir de Jesús y del Dios al que éste invoca como Padre Compasivo, esta cruz se convierte en el altar del sacrificio cruento ofrecido a un dios cruel –"el sádico del cielo" (Bloch)– que necesita sufrimiento y sangre para sen-

³ El origen de estas reflexiones están publicadas en Toni Catalá, sj., Javier Meloni, sj., Darío Mollà sj., *Considerar cómo la Divinidad se esconde. Tercera semana, EIDES 35*, Centre de Estudis Cristianisme i Justícia. Barcelona 2002.

tirse aplacado en su ser ofendido. Es verdad que estas formulaciones hoy no funcionan tal cual, pero no podemos olvidar que una formulación nueva no cambia una práctica de siglos⁴, y la práctica de la cruz, de una espiritualidad de la cruz, sigue estando introyectada como una espiritualidad sacrificial de corte anselmiano.

¡Cuidado! Ha vuelto a aparecer el dios cruel y violento

Lo que en el siglo XI fue liberador hoy es causa de rechazo frontal y, con razón, para la conciencia moderna, y causa de relaciones con la divinidad crueles, frustrantes y resentidas. En el siglo XI, san Anselmo pudo ofrecer alivio y salvación a un pueblo cristiano, con su teoría de la satisfacción en el *Cur Deus Homo*, que se vive sin salida bajo los derechos del demonio. San Anselmo no puede hacer teología sino es con las categorías de su momento; la teología siempre es contextual y tiene que funcionar con lo histórico disponible. Si el ofendido es el Absoluto porque se ha roto por medio del pecado el orden de la creación y la ofensa se mide por la calidad de la persona ofendida, la ofensa es infinita y absoluta y la criatura no la puede reparar. Es el derecho feudal el que está subyaciendo a este planteamiento, no puede ser en su momento de otra manera. La ofensa tiene que ser reparada en igualdad de condiciones y de status con la persona ofendida. ¿Por qué Dios se ha hecho hombre?: para reparar la ofensa. Jesús, al ser verdadero Dios y verdadero hombre, ofrece un sacrificio de expiación. Este sacrificio de expiación en cuanto que él es verdadero Dios tiene un valor infinito y absoluto, quedando la ofensa satisfecha. Y como es verdadero hombre, uno de nosotros, se nos pueden aplicar los méritos de la satisfacción.

El pueblo cristiano vio posibilidad de salvación, de no quedar instalado en la desolación más atroz y sin salida... ¡pero a qué precio más cruel y violento! Es la "metafísica del verdugo" (Nietzsche), es la consideración de un dios cruel y violento que exige un sacrificio cruento, que se repite en múltiples sacrificios incruentos, para poder perdonar: realmente es un verdugo que tiene que infligir dolor para acreditarse ante la víctima y dominarla. La violencia de esta imagen está introyectada en muchas conciencias

4 "Y es que no faltan teólogos que, llevados de una creencia rayana en la superstición infantil de la omnipotencia de la mente, piensan que uno puede desembarazarse sin más de una herencia de siglos con un par de fórmulas novedosas; como si se tratara de borrar de la pizarra una fórmula incorrecta. Y así pasa lo que pasa: que uno se encuentra con los mismos perros con distintos collares" (E. Drewermann, *Clérigos. Funcionarios de Dios. Psicodrama de un ideal*, Trotta, Madrid, p. 618).

religiosas⁵ en la que se sigue percibiendo de una manera u otra que "lo de dios" tiene que ver con el sacrificio, la mutilación, la autoinmolación, la negación de lo humano.... Ante este dios no se puede pedir dolor y quebranto; sería insano y letal para la criatura que somos, sería quedar atrapados en relaciones de dominio, sería hacerle el juego a los verdugos... ¡No!, nuestro Dios no quiere sacrificios quiere Misericordia.

*El vivir de Jesús hasta la Cruz:
un Dios implicado compasivamente*

La cruz no se puede separar del vivir de Jesús, el Compasivo, y del Dios que invocó como Padre y Señor de cielo y tierra. En la teoría de san Anselmo se da un déficit trinitario impresionante, pues no se percibe la "locura de Amor" de un Dios que es Comunidad de Amor e implicación con sus criaturas y con la obra de sus manos. La tentación es darle la razón a Kant cuando afirma que del dogma de la Trinidad no se deriva ninguna verdad práctica y que al "discente de la facultad de teología" le es indiferente que en la trinidad haya tres, cuatro o diez personas. Por desgracia, esto es verdad en muchos contextos cristianos. Si Dios no es Comunidad de Amor nuestra fe es una crueldad y una auténtica estafa, no tiene absolutamente ningún sentido. Nuestra conciencia y dignidad humanas no pueden soportar por mucha más tiempo dioses crueles, tribales y aterradores como han vuelto a surgir en nuestros días en todas las confesiones monoteístas.

Si Dios no es un Dios implicado compasivamente con sus criaturas, el Dios del cielo es un cínico

Si Dios no es un Dios implicado compasivamente con sus criaturas, el Dios del cielo es un cínico. No sé a qué santo viene el crear un problema para después darle solución. Otra cosa es que Dios sea, en Jesús, el recuerdo y la fuerza permanente en el camino hacia la libertad al que nos resistimos con nuestras esclavitudes y miedos; entonces, el Compasivo quebranta nuestras seguridades y nos abre a la Vida aunque nos duela y nos haga llorar.

Sólo cuando se percibe que el Cristo roto, el Cristo pobre y humillado, llega a lo que llega –Getsemaní y Gólgota–, porque ha sido y

⁵ En un documento de la Congregación de la fe contra la fecundación artificial homóloga se invocaba el deber de aceptar "con gusto", como venida de Dios, la cruz de no tener hijos propios. Y este es el caso de la décima parte al menos de matrimonios. ¡Pero nada se puede hacer para remediar este fallo de la naturaleza, pues la obtención del semen del propio marido se tendría que hacer mediante masturbación, algo *contra natura*!

es compasivo para con los lisiados, enfermos, pobres y pecadores, con los que ha hecho comunidad de vida y mesa, con los que ha compartido las entrañas compasivas del Dios de Israel... entonces, y sólo entonces, se puede pedir fortaleza en el dolor y lágrimas.

C) El ámbito de la cruz: Posibilidad de la comunidad compasiva

J. Moltmann afirma certeramente que "el Cristo crucificado es ya un extraño en la religión burguesa del primer mundo y en su cristianismo"⁶. La cruz está desapareciendo en un cristianismo configurado según el "orden de este mundo", un orden mentiroso que reprime dimensiones de la condición humana de modos descaradamente interesados porque son fuentes de ingresos para los traficantes del dolor. Nos hemos incapacitado para asumir el dolor y el sufrimiento, así como suena: el dolor y el sufrimiento.

En una cultura post-anestésica el dolor y el sufrimiento no se pueden mirar de cara

En una cultura post-anestésica como la nuestra, el dolor y el sufrimiento no se pueden mirar de cara, no merecen reflexión alguna, pues es de mal gusto; son asuntos puramente fisiológicos a combatir por la medicina u otros terapeutas, pero de ningún modo es conveniente hablar de ello y menos mostrarlo, expresarlo y compartirlo⁷. La cruz, si no se neutraliza, es fea, es dolor, es sufrimiento y quebranto; por eso no la podemos mirar ya o lo más que puede pasar, es que la mirada se diluya en una emotividad pasajera, pero que no quebranta ni duele. Es verdad que nos metemos en un camino peligroso, pero no podemos evitarlo y tirar por atajos. Vivimos una vida en la que estamos buscando continuamente atajos. La cruz me habla del sufrimiento del Santo Inocente indisolublemente unido al de los santos inocentes, de un sufrimiento que es un agujón que siempre nos estará molestando y que ningún analgésico podrá calmar. Es curioso que ese día –el "día de los inocentes"– lo hayamos convertido en día de fiesta y bromas: ¿por qué será? Sospecho que porque es un recuerdo peligroso.

La cruz no legitima la opresión y la injusticia ni bendice el que aumente el umbral de dolor y de muerte ante dioses insaciables.

6 J. Moltmann. *El camino de Jesucristo, Sígueme*, Salamanca, p. 101.

7 "No hay dolor sin sufrimiento, es decir, sin significado afectivo que traduzca el desplazamiento de un fenómeno fisiológico al centro de la conciencia moral del individuo" (David Le Breton. *op. cit.*, p. 12).

La cruz pone en evidencia a este mundo mostrando sus heridas. Por eso la teología liberal europea de principios de siglo ya intentó neutralizarla y con bastante éxito⁸. Cólera, pecado, juicio y cruz son palabras desterradas de muchos vocabularios "espiritualmente correctos" por demasiado antropomórficas o simplemente inoportunas por los terrores que según el apartado anterior pueden despertar, pero no podemos prescindir de ellas si es que a las criaturas de Dios y sus sufrimientos nos las tomamos en serio. Sabiendo que "el dolor asesina la palabra" y que "el dolor es un fracaso del lenguaje"⁹, desde ese fracaso y esas palabras heridas tenemos que acercarnos al Jesús Compasivo que revela al Dios Comunidad de Amor, aunque sea luchando con el lenguaje, prestándose al malentendido y a la condena de lo "políticamente correcto": la cólera es el Amor desgarrado que dice ¡basta ya!; la cólera expresa absolutamente lo contrario que la complacencia en el dolor. El Amor dolido pone en crisis (juicio), sacude y hace temblar la mentira de este mundo roto (pecado). Mantener la Cruz en el seno de una comunidad de memoria de las víctimas, lo que debe ser la comunidad cristiana, no es legitimar el dolor, sino abrir las heridas que la desmemoria de este mundo cierra en falso, y como estamos viviendo ahora, supuran de modos horribles.

**La cruz no legitima la opresión
ni bendice el que aumente el
umbral de dolor y de muerte
ante dioses insaciables**

Soportar la realidad adversa y dolorida es más digno y santo que el cinismo o el repliegue a la pura interioridad

Tenemos que estar atentos a la huida y al repliegue ante la realidad adversa y dolorida. No tenemos derecho a convertirnos en espectadores de este mundo roto, sino que tenemos que estar en él para seguir curando, aliviando y soportando los "¿por qué?". Este soportar es más digno y santo que el sarcasmo y el cinismo o que el repliegue a la pura interioridad. Hace falta mucha fortaleza para convivir con el dolor del mundo, en su inmensa mayoría un dolor inútil. El sufrimiento de la mayoría de las criaturas es un sufrimiento inútil, absolutamente inútil. No repara nada, ni sirve nada más que para aumentar la conciencia desdichada que ha llevado en muchas tradiciones a maldecir el día que nos concibieron. Como dice E. Ocaña, "¡cuánto debe haber sufrido la especie humana para

8 En expresión de R. Niebuhr en el liberalismo teológico da la impresión de que "un Dios sin cólera conducía a un hombre sin pecado hacia un reino sin juicio por la mediación de un Cristo sin cruz". Citado en W. Pannenberg, *Teología y Reino de Dios*, Sígueme, Salamanca, p. 99.

9 David Le Breton, *op. cit.*, p. 43-44.

llegar a ese resentimiento!"¹⁰. Para el seguidor y seguidora del Compasivo el único modo de no caer en el resentimiento es haber experimentado el ser criaturas movidas a compasión. El sufrimiento del otro siempre es "inútil", el único sufrimiento "útil" es mi sufrimiento por aliviar el dolor del otro (Levinas). No se trata de un juego de palabras, se trata de percibir desde nuestro vivir como criaturas que no hay mucho tiempo que perder con teodiceas del tipo que sean (están ya fracasadas), sino de entrar no en razones sino en compasiones.

La cruz no quita dolor, no es un analgésico. La cruz no transforma el sufrimiento de inútil en útil. La utilidad es una categoría mundana y perversa y el dolor es el dolor y no puede rentabilizarse para otros fines, ahí está: "Si el dolor es una crueldad que el hombre tiene todo derecho de combatir, el sueño de su eliminación de la condición humana es un cebo que encuentra en la palabra que lo enuncia su único principio. El dolor no deja otra opción que reconciliarse con él"¹¹. Reconciliarnos con el dolor supone respetarlo profundamente; el dolor no se puede utilizar para ninguna otra intención que no sea aliviarlo. Combatir el dolor es lo que hizo Jesús: "curaba todo

La cruz no quita el dolor, no es un analgésico. La cruz no transforma el sufrimiento de inútil en útil. La utilidad es una categoría perversa y el dolor no puede rentabilizarse

achaque y enfermedad del pueblo" (Mt 4,23), pero aliviar el dolor sobre el que se sostenía el templo y la ley es peligroso. Por aliviar este dolor lo llaman "Belcebú", porque este curar y aliviar pone en cuestión la violencia sacrificial

del templo y desenmascara el sufrimiento provocado por el estigma de la ley. La Buena Noticia nos lleva a "una reconciliación sin segundas intenciones y sin intermedios sacrificiales"¹².

A Jesús se le cae su mundo encima porque ha socavado sus cimientos, ha desenmascarado a los ladrones y salteadores que sólo han venido a "robar, matar y perder" (Jn 10,10) y eso no se lo perdonan. "Sus heridas no han curado", las heridas de este Cristo quebrantado se han ido abriendo en su vivir, no sólo en el momento de su muerte. Jesús ha tenido que pasar trabajos, fatigas y dolo-

10 "Pero ni siquiera existe unanimidad sobre la inocencia del útero: cierta tradición vio en ese primer refugio el origen del mal radical, y desalojó la alegría de cualquier solar que no fuera la patria de los no nacidos, allí donde se alborozan miríadas de inexistentes por no ser reclutados, en leva de masa, a las milicias de la vida. ¡Cuánto debe haber sufrido la especie humana para llegar a ese resentimiento! En esa negación radical del valor de la vida se insinúa la inhospitalidad de un mundo organizado como colonia penitenciaria. Cuando el dolor es extremo y humillante, la gratitud del viviente tiende a convertirse en amarga herida... Tan anodino es el hombre que no padece como grave el que jamás se alegra" (Enrique Ocaña, *Sobre el dolor*, PRE-TEXTOS, Valencia, p. 271.

11 David Le Breton, *op. cit.*, pp 208-209.

12 René Girard, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1982, p. 215.

res en su vida tanto por ser "uno de tantos", por asumir la condición humana, como por haber configurado su vida como implicación compasiva con los abatidos y sufrientes de la casa de Israel. La cruz de Jesús expresa su camino insobornable de fidelidad al Dios de la Vida y a sus criaturas sufrientes.

El Crucificado ha provocado el que podamos vislumbrar "un cielo nuevo y una tierra nueva en donde no habrá llanto ni dolor" (Ap. 21,1-4), pero ese vislumbrar lo nuevo no es una "visión beatífica", es reconciliarse con un mundo que sigue gimiendo en dolores de parto. La Cruz del Cristo nos da la posibilidad de adentrarse en el sufrimiento de la especie humana sin resentimientos, pero es un adentrarse que duele y quebranta, que apenas y sabe de lágrimas porque la mayoría de las criaturas siguen apenadas, quebrantadas y llorosas. No es un viernes santo metafísico, sino un viernes santo real, demasiado real.

La Cruz es posibilidad de vivir en la verdad, que es el único camino de libertad. La libertad cristiana no es un bello sentimiento interior apacible; la libertad es un don al que nos abrimos en la Cruz de Cristo porque nos adentramos en la "comunidad compasiva del llanto", y nos ponemos en disposición de quebrantar nuestras convicciones ideológicas y antropológicas que impiden que aflore nuestra verdad de criaturas heridas y vulnerables.

No perder memoria del Sábado Santo

"Compartiendo el llanto se comunica el dolor y se hace comunidad compasiva"¹³. Se trata de hacer comunidad con aquellos "que estaban llorando y haciendo duelo" (Mc 16,10) y que a lo largo de la historia siguen llorando y haciendo duelo. El sábado santo es precisamente el momento del llanto y del hacer duelo. El jueves y el viernes santo sabemos lo que celebramos, pero no está tan claro que en nuestra vida tengamos asumida la dimensión del sábado santo, del día a-litúrgico. Si el sábado santo es el único día del año en que la comunidad cristiana no celebra la Eucaristía, es para que el silencio no lo podamos llenar con nada que no sea el mismo silencio, silencio en el que aflora el llanto y el dolor compartido: "El llanto surge ante la humillación infligida por un destino prepotente que nos hiere o nos separa de lo que amamos... Se llora y se ríe en circunstancias para las que no hay respuesta, pues nos fallan las razones"¹⁴. El sábado santo no es día de razones, el sábado santo de la vida no se llena con razones, se llena con lágrimas compartidas.

13 Enrique Ocaña, *op. cit.*, p. 140.

14 Enrique Ocaña, *op. cit.*, p. 191.

El sábado santo de la vida nos lleva a la persuasión de que no podemos ser tan pretenciosos de querer ver el significado de todo lo que vivimos al mismo tiempo que lo vivimos. Muchas veces tendrán que pasar bastantes años para poder ver el rostro del Dios vivo en situaciones vividas de dolor y quebranto, y muchas veces tendremos que empezar a entender que no podemos pretender llegar al último día con todos los interrogantes resueltos. Saber vivir en este tono vital es a lo que nos invita el sábado santo. ¿No será que el silencio del sábado santo supone el derecho de Dios a callar? ¿Es que Dios no tiene derecho a guardar silencio? ¿Quiénes somos nosotros para exigir a Dios que nos esté hablando continuamente? El silencio de Dios hay que respetarlo. Si a Dios le duele la muerte de sus fieles (Sal 116,15), ¿el Padre no estará haciendo duelo por su Hijo y por sus criaturas? Si no oramos desde ese silencio, es que no nos hemos adentrado en el amor compasivo. ¡Qué pena que al Dios Comunidad de Amor le neguemos lo más humano que sus criaturas tenemos: el poder hacer comunidad compasiva compartiendo el llanto y el duelo!

D) El ámbito de la lucidez sobre la condición humana

Los cristianos ante el dolor de los otros, ante el dolor del mundo, nos sentimos normalmente movidos a compasión y con nuestro propio dolor, ¿sabemos qué hacer? Jesús va a la muerte como consecuencia de su modo de vivir, pero Jesús también muere porque ha asumido la finitud de la condición humana. No podemos conovernos ante el dolor del Compasivo si no dejamos que afloren nuestros propios dolores y quebrantos, nuestros miedos y nuestras vulnerabilidades.

Nuestro Dios es alfarero, no un dios escultor (Sal 102). Lo que pasa es que tendemos a olvidar nuestro ser barro porque nuestra cultura nos dice que tenemos que ser impasibles y de una pieza; el barro es muy frágil, demasiado frágil, y por eso tendemos a hacernos de piedra, hombres y mujeres lo más "integrados" posible, que no se quebranten ni se conmuevan demasiado porque esto es debilidad y no estamos para debilidades. Es curioso cómo siguen operando imágenes de Dios no ya crueles como hemos visto, sino imágenes de un dios garante de hombres y mujeres bellos, sanos, sin fisuras, contenidos, que controlan la realidad, que le marcan su ritmo a la vida, que no lloran ni ríen demasiado, que no se alteran... en fin, incapaces de palpar con la vida.

*Getsemaní: Poner la vida en esos lugares
en que nuestra cultura nos lo impide*

Seguir a Jesús también es poner en Getsemaní nuestros fracasos y nuestras soledades, y poner en el Gólgota nuestras enfermedades y nuestra muerte. Este poner la vida en esos lugares nuestra cultura nos lo impide porque niega, no quiere ver, dimensiones de la condición humana que son fuente de dolor y sufrimiento, que no se pueden reprimir sino que se debe dejarlas aflorar. Nos estamos incapacitando para el sufrimiento y eso es grave: "Abolir la facultad de sufrir sería abolir la condición humana. La fantasía de una supresión radical del dolor gracias a los progresos de la medicina es una imaginación de muerte, un sueño de omnipotencia que desemboca en la indiferencia a la vida"¹⁵. Esta afirmación, hecha desde la antropología, da qué pensar. Vivimos en una cultura analgésica que nos incapacita para asumir dimensiones que están ahí, pero el hecho de no querer verlas no supone que desaparezcan.

Lo que se reprime vuelve aflorar y lo que "no debe ser de ninguna manera" hay que extirparlo, por eso nuestra cultura está haciendo auténtico negocio diciéndonos que la soledad hay que llenarla, que la enfermedad no hay que asumirla de ningún modo, que la frustración es porque somos demasiado utópicos y que la muerte siempre es la de los otros. Nos estamos incapacitando para la vida.

La fantasía de una supresión radical del dolor, gracias a los progresos de la medicina, es una imaginación de muerte, un sueño de omnipotencia que desemboca en la indiferencia a la vida

En Getsemaní todos le abandonaron y huyeron. El Compasivo no interesa a nadie, se queda en radical soledad, soledad vital que le provoca una angustia de muerte, lo sacude y lo quebranta. Adentrarse en nuestro propio Getsemaní es abordar nuestra radical soledad aunque nos produzca vértigo y nos llene de angustia. Hay que mirar el túnel de frente y entrar en él; al hacerlo se cortan amarras y cordones umbilicales, cual rito de iniciación se experimenta el horror al vacío y que te envuelven "redes de muerte y te alcanzan los lazos del abismo". Entonces se invoca al que te puede sustentar y sales del túnel con una soledad habitada, con el sentimiento de una presencia, con la vida arraigada en el único que es fuente de vida y libertad, se empieza a ver todo con ojos nuevos: el sufrimiento y la angustia han revertido en Vida.

15 David Le Breton, op. cit., p. 208.

En Getsemaní Jesús experimenta junto al abandono el fracaso, todo se diluye, se le cae su mundo encima. Adentrarse en nuestro propio fracaso es percibir cómo a lo largo de la vida se nos diluyen tantos proyectos que hemos hecho desde nuestros mejores y más nobles deseos, cómo se rompen a trozos situaciones en las que hemos experimentado el sentido, cómo la realidad es resistente y mostrenca y nunca va al ritmo de los deseos más sinceros... Esto deja muy mal "sabor de boca", deja heridas, pero en ese dejarse jirones de vida se va percibiendo cómo dejamos de ser depredadores y descubrimos que estamos llamados a aceptar que "somos invitados a la vida" (G. Steiner) y que cuando se acepta esa invitación, en gratuidad, la misma vida se convierte en la casa en que uno puede habitar sin agresividades, sin cargarnos con la losa pesada de creer que el sentido lo damos nosotros, que el Reino lo fabricamos nosotros.

El "yo" y el "mí" se deshinchon y se va aceptando con mayor cordialidad y gratuidad que somos "chispas de la creación", que nos toca redimir la parcela de la creación que se nos ha encomendado y que la compasión solidaria se teje con mucha humildad, sin prepotencia y descubriendo que la tarea es consecuencia del don. Sin abrirnos al don la tarea siempre es agresiva y lucha sorda de competencias y de primeros puestos. Los discípulos de Jesús antes de la Pascua, mientras Jesús les va anunciando su entrega, se dedican a competir: *"¿De qué discutíais por el camino? Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más grande... El que acoge a un niño como éste por causa mía, me acoge a mí... y acoge al que me ha enviado"* (Mc 9,36-37). Es un alivio descubrir que lo importante delante del Dios de la Vida no está en nosotros, ni en nuestros planes, proyectos o planificaciones, ni en nuestras coherencias, fidelidades y perfecciones, no está en nuestros montajes sino que está en los pequeños.

Esta depuración, este cambio de percepción, este ver el mundo al revés no es lirismo ni es una pirueta puramente interior. Es un proceso doloroso porque el "yo" tiene que quebrantarse, tiene que perderse, tiene que diluirse, y toda pérdida provoca duelo y el duelo por el propio "amor, querer e interés" perdidos, para que nuestros amores, querer e intereses sean los del Reino, es de los más difíciles de elaborar.

En el Gólgota ponemos también nuestras enfermedades. Lo que pasa es que en nuestra cultura las enfermedades sólo las ponemos ya en manos de médicos y han perdido su dimensión inherente a la condición humana: "Hoy, la modernidad transforma la relación de cada actor con su salud en un asunto puramente médico. Para

numerosos usuarios el dolor ha perdido todo significado moral o cultural; encarna el espanto, lo innombrable. El umbral de la tolerancia decrece a medida que los productos analgésicos se vulgarizan... El dolor es en la actualidad un sin sentido absoluto, una tortura total"¹⁶.

El problema es sí somos capaces de aguantar el sufrimiento o nos estamos haciendo espantosamente inhumanos

Volvemos a encontrarnos en un terreno peligroso. ¡Claro que hay que combatir el dolor y la enfermedad! ¡Claro que hay que dar posibilidades jurídicas y económicas a la investigación para que progrese en la búsqueda de remedios por los nuevos caminos abiertos por la ciencia! Esto es también seguir a Jesús, que curaba a enfermos concretos sin hacer caso de los indolentes reproches de los fariseos porque no respetaba algunos mandatos de la Ley que él siempre subordinaba al hombre.

La modernidad transforma la relación de cada actor con su salud en un asunto puramente médico, perdiendo el dolor todo significado moral o cultural

Pero siempre quedará el problema más profundo de sí, después de hacer todos los esfuerzos, por lo menos, somos capaces de orar desde nuestras precariedades, si somos capaces de sufrir o nos estamos haciendo espantosamente inhumanos. Hemos confundido los planos al entrar en una dinámica antropológica que desliga la afección del mal; la afección es el desorden fisiológico y el mal la repercusión social del mal, toda enfermedad genera un mal, un sufrimiento moral. Este sufrimiento ya casi nadie cree que tenga algún sentido, ya no se mira, ni se acoge ni se tiene en cuenta; es lo que no debe ser de ninguna manera, advirtiendo de que no estamos hablando del sufrimiento del "otro" sino del propio.

Al sufrimiento propio hay que hacerle sitio: "Sufrir es sentir la precariedad de la propia condición personal, en estado puro, sin poder movilizar otras defensas que las técnicas o las morales. No obstante, aunque parezca al hombre el acontecimiento más extraño, el más opuesto a su conciencia, aquél que junto a la muerte le parece el más irreducible, es sin embargo el signo de su humanidad"¹⁷. Aunque resulte feo y "políticamente incorrecto", aunque se pueda prestar a malentendidos, tenemos que volvernos a decir que la primera responsabilidad es aliviar el sufrimiento del

16 David Le Breton, *op.cit.*, p. 202.

17 David Le Breton, *op. cit.*, p. 208.

otro, luchar contra el sufrimiento generado por la injusticia en los últimos y ninguneados, pero tenemos que asumir la vulnerabilidad que supone el sufrimiento propio, sabedores de que el dejarse ayudar y aliviar es más difícil que aliviar a los otros. Mientras alivio a otros me siento útil, estoy dando, estoy activo, pero dejarse ayudar asumiendo las propias pasividades, nos sumerge en unos niveles de humanidad que nos abren a ver la vida desde otro ángulo, desde otra perspectiva. Jesús en el Gólgota expresó una profunda vulnerabilidad : "Tengo sed". ¡Sin comentarios!

En el Gólgota, dando un fuerte grito Jesús expiró. La muerte en nuestra cultura ha desaparecido del escenario cotidiano, ya no existe. La muerte es lejana o virtual, siempre es la de los otros, nunca cuento con que pueda ser la mía. Volvemos a un tema feo y tabú, para mucha gente profundamente desagradable y que ya no se quiere mirar de cara. Dice la carta a los Hebreos que el miedo a la muerte produce esclavos (Hb 2,15), esclavos ante un dios Amo con el que hay que pasarse la vida negociando la existencia porque ésta no se vive como don gratuito, y esclavos del propio yo que se ha hinchado hasta niveles insostenibles. Cuando a pie de cruz se considera en el silencio compasivo la posibilidad de desaparecer se empieza a percibir "un no se qué que queda balbuciendo" y que nos va llevando a intuir que en el fondo de la pena está la gracia, que la vida empieza a emerger allá donde el mundo sólo ve fracaso y muerte, y ese "no se qué" que balbucea nos va preparando para experimentar ya en esta vida los efectos de la Pascua. Pascua que no es un "final feliz" que anula el camino de la vida (el Resucitado es el Crucificado), sino la posibilidad de vivirla desde la VIDA.

Contemplar la pasión y muerte del Cristo, implicarse en el dolor y sufrimiento propio y ajeno en toda su crudeza, lleva a ahondar en la condición humana, a descubrir dimensiones de nuestra propia humanidad que, en esta cultura mentirosa e indolente, se mutilan y se reprimen de tal manera que nos podemos incapacitar para ser portadores y portadoras de Buena Noticia y nos pueden llevar a creer que aliviar sufrimiento en este mundo es un asunto de pura analgesia, cuando de lo que se trata es de la implicación compasiva en ese territorio tan humano y tan divino en el que nuestras razones, conceptos, doctrinas y morales fracasan: la locura y la necesidad de un Dios Comunidad implicado en el sufrimiento de sus criaturas. Sólo desde esta implicación la Pascua abre al futuro y se percibe que la muerte no multiplica por cero la Vida.